

Homilía en la Ordenación de Presbítero de Santiago Ferrero, Padre de Schoenstatt
Córdoba, 28 de julio de 2018

Evangelio: Juan 21

Queridos hermanos y hermanas, querido Santiago:

Los discípulos, sin su Señor, no tienen nada. No tienen nada qué comer, no pescan nada, solamente tienen la noche, su hambre y su desnudez. Hasta que Cristo aparece y de nuevo lo tienen todo, y sus ojos se iluminan, sus corazones laten acelerados, sus almas se llenan de alegría, sus cuerpos recuperan fuerzas. ¡Es el Señor! Por él perdieron todo, con él lo tienen todo. Cuando está él, se revisten, se ciñen, y saben adónde ir y qué hacer. Sin él hasta su oficio de pescadores es estéril. Él les indica dónde pescar (que Cristo indique es importante, no hacer una doctrina de pescar a la derecha o a la izquierda).

Es el kyrios, nada más importa. Cuando estamos con él, hasta las palabras sobran, porque viéndolo, conocemos todo. No nos falta nada, el Señor está. Nada mejor que su presencia, su mirada, sus gestos, su alimento, para que todo encuentre sentido y nuestras preguntas callen. Por eso, para todos y en especial para algunos ansiosos: ¡Es el Señor! (Repetirlo tantas veces como se requiera en ataques de ansiedad.)

En cada ordenación procuro recordar la biografía del que recibirá el sacramento. Hay tanta vida, tanto camino, tanta gracia. Partida, Ignis, GM, Un techo para mi país, Arrastao, Puente Alto.... Santiago dijo en su presentación de noviciado, una frase que le quedó de una JMJ con Juan Pablo II "Queridos jóvenes, no permitan que los pobres sigan esperando". A algunos la vida no nos deja ser superficiales. Las palabras calan hondo, reclaman respuesta, disparan procesos, anudan vínculos fuertes. Las vivencias de una vida se hacen arquitectura del alma, de bosquejos confusos o complejos surge un diseño y un espacio de encuentro con lo más relevante y esclarecedor, en el proyecto se esconde y se revela el misterio de una vivencia, un camino filial, un dato simple, una corona, un acto de fe. Muchas cosas, pero lo más importante, lo más iluminador: ¡Es el Señor! En una biografía creyente toda Gracia se resume en esta expresión, de los que distinguen al Resucitado en sus vidas.

El sacerdote exclama "es el Señor" en cada Eucaristía, en cada bautismo, en cada confesión, en cada matrimonio, en cada unción. Exclama "es el Señor" en cada mensaje y en cada prédica, en cada gesto de caridad con los más frágiles y pobres, en cada encuentro fraterno, en cada obra y en cada oración, en sus éxitos y en sus fracasos, cada vez que llega y cada vez que se va. "Es el Señor" de sus sonrisas y de sus lágrimas, de su libertad y de su miseria. Detrás del Señor corriendo, perdiendo los primeros puestos, para llegar segundo. (Un pensamiento recurrente, los primeros puestos están sobrevalorados). La santidad no es llegar primero sino llegar detrás del Primero.

La casa de un buen sacerdote tiene piedra angular, que sostiene la arquitectura de su vida y también hace posible que en sus flaquezas permanezca de pie, arriesgando en el diseño, para albergar una familia en su interior, la Iglesia. La Iglesia, que pone a prueba su estructura cada día, como el rebaño que pone a prueba al pastor en cada jornada. La casa resiste, el pastor resiste, sí ha pasado antes la primera prueba. Aquí podemos detenernos en la segunda parte del Evangelio. ¿Pedro, me amas? El examen del apóstol.

No hay nada más incómodo para muchos sacerdotes, que cuando son interrogados sobre sus sentimientos, un mundo rico que, aunque nos esforzamos por disimularlo como muchos varones, es el lugar dónde el fuego de Cristo se aviva o se apaga, cuando está habitado por Cristo es un cielo y cuando no puede llevar a sucumbir en la oscuridad. Jesús lo lleva a Pedro aparte, tiene la delicadeza de no hacerle esta pregunta en público. Un pensamiento entre paréntesis, las preguntas de Jesús en el Evangelio hacen que sus discípulos entiendan, asimilen y se comprometan: ¿Y ustedes quién dicen que soy yo? ¿También ustedes quieren dejarme? ¿Cuántos panes tienen? ¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos? ¿Qué buscan? ¿Dónde están los otros nueve? A Pedro, sentados a la orilla del lago le hace la pregunta incómoda: Pedro, ¿Me amas?

Jesús elige el momento oportuno para hacer la pregunta. Si les hubiera preguntado al inicio de su camino como discípulos, les habría sido muy extraño. Al inicio Jesús los llamó, con un imperativo Sígueme. Dejó que ellos preguntaran y respondió sus preguntas. Pero en la escena del lago ya han pasado por todo, están apaleados por todo lo que pasó desde la última cena, pasando por la cruz, y por lo que sus ojos y sus pobres almas no podían comprender al verlo resucitado. Apaleados y en silencio, como aquellos que saben qué han hecho, con quién están y que ya no pueden eludir la pregunta (mejor momento para hablar de sentimientos si hay confianza), acorralados y libres para confesar. (Aviso que no abusen de este recurso y de esta información). Tres veces suena la pregunta, tres respuestas quiere el Señor, hasta que brote la respuesta final con el sello auténtico de las lágrimas.

No nos gusta hablar de sentimientos, no porque no sean importantes, sino porque nos exponen y nos comprometen. Algunos sabemos cómo eludirlos, con mayor o menor elegancia. Por un momento jugué con la idea, ¿y si hubiera sido el Padre Kentenich el interrogado? Primero dije, habría dicho algo así: metafísicamente y teológicamente amarte significa esto, espiritual y psicológicamente significa esto, pedagógicamente significa... Elegantemente se elude la respuesta. Pero pienso que nuestro fundador, en Dachau, respondió claramente la pregunta.

Así, vuelvo al lago, Pedro responde: Sí, tú ya lo sabes, sabes que te quiero. Su sí, te quiero, rememora el Sí de María, de la entrega total. Y Cristo lo confirma confiándole lo más querido, para que Pedro entienda que amarlo a Él, significa amarlo en su rebaño, buscándolo entre sus ovejas, entregándose a ellas como su pastor vicario. Pedro aprobó el examen. Cada discípulo, cada bautizado debe aprobar este examen, cada presbítero y obispo. Apaleados y acorralados, allí Cristo irrumpe en nuestro silencio para hacer sonar la fe en la respuesta desde lo más hondo.

Santiago, creo que ya estás bien apaleado y acorralado para responder esta pregunta. Te confieso que Jesús vuelve a preguntar en momentos claves. No pienses que esto no se repetirá. Cuando ocurra, deja que el Señor irrumpa en tus silencios incómodos.

Hoy la Iglesia a través mío, sucesor de aquellos primeros segundos, en formato más litúrgico y solemne te interroga. Detrás de cada pregunta recuerda la escena bíblica que hemos comentado. El pastor te confiará lo más querido, su rebaño. Cuida a ese Cristo que amas y reconoces como tú Señor en cada una de las ovejas que la Iglesia, en nombre de Cristo, te encomienda.

Que en tu carrera por la bienaventuranza, puedas hallar al Señor de tu felicidad, en las almas de los pobres, de los que padecen con paciencia, de los afligidos, de los hambrientos y sedientos de justicia, de los de corazón puro, de los pacíficos, de los perseguidos, de los calumniados, de los apaleados por la vida que aman al Señor y se saben amados por Él.

+Francisco Javier Pistilli Scorzara